

EL ESTUDANTE



Núm. 13

25 25 CTs.

SUMARIO

EDITORIAL

J. VASCONCELOS

E. CH.

ANGEL DE APRAIZ

D. RAMON DEL VALLE-INCLAN.

FEDERICO SANTANDER

MARIO SAENZ

AMERICA: Significación social de la Reforma universitaria argentina.

Los estudiantes y los obreros.

El deporte regenerador.

Sobre los estudiantes universitarios.

Evocación de un estudiante de Salamanca.

Tirano Banderas, novela, (continuación).

Para la España mejor. Normas de juventud.

Justicia, verso.

Viñetas y dibujos en linoleum de JULIO NUÑEZ.

SUSCRIPCION: 3 Pts. TRIMESTRE.

12 Pts. AÑO.

REDACCION: DR. RIESCO, 58, TRIPDº. (JARDIN).—SALAMANCA

APARTADO DE CORREOS, NÚM. 51.

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA.

JULIO 1925 / NÚM. 13.

ESTUDIANTES Y OBREROS

HE aquí una de las cuestiones mas urgentes y trascendentales que se nos presentan. Hasta ahora, en España, no parece que haya sido éste, problema que se haya ni aún pretendido solucionar; pero en cuanto pensamos en una Universidad viva que alimente al pueblo y a su vez se nutra de él, surge naturalmente la cuestión del acercamiento mútuo, de la unión íntima de estos dos elementos: Universidad y pueblo, aportadores de valores diferentes y complementarios, cuya unión creará la única fuerza capaz de hacer de nuestra vieja y carcomida España un pueblo nuevo y saneado.

Porque no debemos olvidar que este es nuestro primordial problema: sacar a España de la postración en que se halla sumida desde hace tantos años y que en el momento actual—un momento de casi años también—parece que ha llegado a su colmo; y para lograr esto hemos de unirnos todos los que, dentro de esta podredumbre general, signifiquemos valores no gastados aún completamente, capaces todavía de renovarse y reaccionar; y al volver la mirada en torno encontramos que esos valores son únicamente el trabajo y el talento; en el fracaso total de instituciones que se está cumpliendo en España, solo estas dos estrellas siguen centelleando mas o menos apagadamente, prometedoras de nuevos días.

Todas las demás manifestaciones de la vida son parasitarias de estas dos fuentes, y por consiguiente deben imponerse y regular la vida toda, conscientes de que solo ellas tienen el vigor suficiente para sustituir las fórmulas inanes de nuestras tradiciones por nuevas instituciones que respondan a una vida real, completamente purificada.

Por esto es imprescindible que nos unamos estudiantes y obreros—representantes de esas dos fuerzas—dándonos cuenta de que somos los únicos capaces de crear un porvenir mejor, si bien en esta común obra hemos de desenvolvernos en distintos planos, pues nuestros valores son bien diferentes, que si fueran iguales no podríamos hablar de unión.

Claro está que esta unión que nosotros proponemos, no tiene nada que ver con tantas otras que se han propuesto y que se han verificado en parte, en que lo único que se pretende es utilizarlos como medios para manejos de clase, mantando en ellos lo que hay de vivo y fuerte, que es cabalmente lo que nosotros creemos digno de aprecio y exaltación; nuestra «extensión universitaria» no será pues esa que trata de dar a los obreros, como de limosna, el don de nuestro menguado saber y tal vez una golosina a fin de año; esto les va muy bien a las elegantes señoras socializantes; sino todo lo contrario: por ella iremos nosotros al pueblo, tanto para desarrollar su fuerza como para que él enriquezca la nuestra, fusionando ambas para una vigorosa acción común, puesto que comunes son nuestros intereses.

Y a esta obra redentora, en la que unos y otros debemos poner tanta fé, debe animarnos firmemente el ejemplo de las más grandes revoluciones contemporáneas en que obreros y estudiantes han caminado tan a la par y cuyas fuerzas acopladas se han traducido en impulsos tan avasalladores.



EL DEPORTE REGENERADOR

NO hacen caso del problema de la raza los pueblos dominadores, avanzados y fuertes. Dan por supuesta y por demostrada su superioridad y la cultivan y siguen adelante. A nosotros nos preocupa en extraordinaria forma la cuestión étnica, precisamente porque tenemos la conciencia de nuestra inferioridad, por lo menos temporal, y andamos buscando más o menos desconsoladamente, más o menos desesperadamente, las causas de esa degeneración. Y sin embargo, no es menester buscar mucho para encontrarlas. Aunque sí es necesario insistir una y otra vez en el origen del mal y en su remedio.

Atengámonos a observaciones de carácter superficial, de apariencia superficial. Recordemos un domingo en la tarde de un pueblo de Estados Unidos o de Holanda o de Inglaterra y comparemos esa tarde de domingo con los domingos de México o del Sur de España o del Sur de Italia. Hace unos días pasé un domingo en Huelva, que es célebre porque tiene enfrente, río de por medio, el Monasterio de la Rábida, donde Colón halló apoyo para su gran empresa y tiene también enfrente, el pequeño, el azolvado puerto de Palos de donde partieron las tres carabelas. Huelva tiene, además del hermoso río Odiel y además del río Tinto, una hermosa playa sobre el Atlántico, un balneario cómodo y tibio. La tarde de domingo que yo pasé en Huelva fué calurosa, como de mes de Julio. La población es de calles estrechas que no invitan a permanecer en ellas, particularmente si es verano; y sólo tiene, a la orilla del río, un hermoso paseo que podría ser un gran paseo. Sin embargo, recorrimos toda la ciudad y había bastante gente en las calles, tomando café en las mesitas de las aceras; pero también recorrimos la orilla del río y la playa y las márgenes del río más cercano y no vimos ni gente remando, ni un sólo bañista, a pesar de que hacía calor, a pesar de que aquéllo es un puerto de excelentes corrientes y mucho tráfico, donde se supone que los chicos aprenden a nadar desde pequeños. Sin embargo, ya no digo mujeres, ni siquiera hombres, ni siquiera niños había en la playa bañándose, ni tampoco los había en el río. Aún la misma ciudad estaba muerta, más triste que de costumbre y casi sin gente. Los cafés, que siempre hierven de vagos, estaban apenas concurridos y la causa de aquél aparente luto, la supimos enseguida; no es que hubiese ocurrido ninguna calamidad, al contrario, todos los habitantes de Huelva se hallaban de fiesta. La mitad, por lo menos, de los pobladores, había emprendido una peregrinación, se había ido, en masa, en coches, en trenes, a pie, caminando toda la

noche del sábado y condenada a caminar toda la noche del domingo, tan sólo porque en un pueblo distante toreaba una corrida, la esperanza de la población, el futuro orgullo de la raza, el Niño de la Bola o el Niño de la Palma, algo por lo menos de ese jaez. Esa noche, la del domingo, media población la pasó en vela esperando en los cafés, aguardando la llegada de los afortunados que pudieron asistir. Y así que comenzaron a llegar los omnibus cargados de excursionistas desvelados, sucios, aguardientosos, los que aguardaban los saltaban en busca de detalles, pidiendo la reseña de los lances. Y unos a otros se decían con orgullo: «ahora fué más gente que cuando la corrida de Josecito de las Granadas o algún otro mote por el estilo, motes afeminados o canallescios. Y a las seis de la mañana del lunes se oía el golpear de los zahuanes de media población que, a esa hora, iba en busca de descanso.

No se necesita decir más para comprender cuál es la genealogía del San Lunes. He aquí un domingo andaluz, muy parecido, desgraciadamente a muchos domingos mexicanos, a muchos domingos de pueblo español.

No intento denigrar a España para encomiar a México; en nuestra patria toda la anterior escena se habría visto agravada con un gran derroche de alcohol; aquí, siquiera, se bebe poco, casi no se bebe, o por lo menos no se llega a la embriaguez. Trato de denunciar las causas de nuestros males aunque para hacerlo haya de molestar a muchas gentes. Eso hice, precisamente, aquél mismo lunes. La Sociedad Colombina celebró una sesión en mi honor—en los actuales momentos no se puede celebrar ningún acto público sin la asistencia de un delegado de la autoridad militar; ésto comenzó a hacer desagradable la reunión, pero más que nada, yo estaba bajo la influencia del día y de la noche anterior, así es que después de los discursos de exaltación de la raza, yo me levanté a preguntar: ¿qué es lo que se puede esperar de una raza que tiene como deporte nacional los toros y que teniendo delante dos ríos y un mar no renueva su vida en ninguna de las tres fuentes de energía? Al mismo tiempo pensé con amargura en el contraste de los pueblos sajones—que no descubrieron América, pero la han civilizado—y que aprovechan sus domingos en la diversión varonil que los prepara para las luchas de la semana siguiente.—Qué competencia va a ser posible, decía yo, entre un pueblo que pasó su domingo bañándose en el río o en el mar y el pueblo que no se

mueva de su asiento porque teme sudar y que ya que se decide a moverse es para ir a maltratar el cuerpo y el alma en las apreturas y el bochorno de una corrida de feria?

Y hablé, como hablo ahora, de la necesidad de fomentar el deporte, de la necesidad de emancipar a la mujer y hacer su vida amable, llevándola a nadar y a correr semidesnuda bajo el sol, como las rudas y bellas walkirias del Norte. No se trata de una opinión, no se trata de buen o mal gusto, es una cuestión de vida o muerte; o reformamos todos nuestros sistemas de vida o perdemos el derecho a la existencia autónoma. No se pueden conservar los grandes ríos y las playas hermosas, sino haciendo uso de ellos. La humanidad los necesita para el comercio y también para bañarse. Si una raza no se baña, el río pasará a la raza que se sepa bañar; porque hasta para defenderlo es preciso saber nadar. Y ya no digo soldados, ni siquiera competencia económica pueden sostener los pueblos catarrientos que, por no hacer uso de la toalla del baño, tienen que gastar el doble en pañuelos para la nariz.

Un pueblo que las horas de diversión y de reposo las emplea en desvelarse y en ver torear—menos malo que torear cada uno por sí mismo—, es un pueblo que no sólo no podrá hacer ningún progreso, sino que no sabrá defenderse. En Trafalgar perdimos, les dije, porque a España la representaba Felipe II, que era un déspota, en tanto que en Inglaterra hizo la guerra un pueblo libre y desesperado, pueblo de grandes nadadores, de precursores del deportismo moderno.

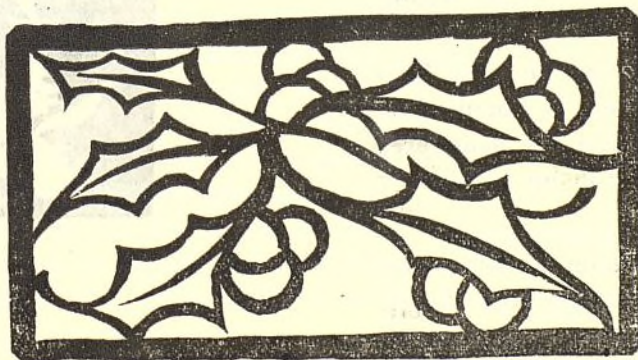
Nosotros perdimos contra los Estados Unidos porque a nuestro país lo mandaba un hombre, un Santa Ana, voluntad única, en tanto que cada texano y cada yanki eran hombres libres. Jamás se ha dado el caso, les dije, de que en igualdad de condiciones una tiranía derrote a una democracia. Desde que Esparta venció a los Persas, quizás desde antes, siempre ha sido la tribu menos esclavizada, la nación más libre, la que vence a las otras. Mientras no conquistemos la libertad, vale más cerrar las puertas de la Rábida

para que el recuerdo de aquellas grandezas no nos cause bochorno. Ya que no podemos hacer escuelas, porque las escuelas cuestan; hagamos por lo menos una cruzada de deportismo. Regeneremos el cuerpo, para ver si así sale de su mordera el alma. En cada lugar, según las posibilidades; en unos sitios será la natación, en otros la carrera, en otros el alpinismo o el deporte; pero en cada población es factible organizar sociedades de deportistas, dando cabida, en cada caso, a las mujeres para beneficiarlas y para aumentar el estímulo. El atleta aprende, a depender de sí mismo y a no dejarse desdeñar, a no dejarse manosear en su cuerpo. Es probable que después, un pueblo de atletas exija también, que se respeten que no se manoseen sus derechos. Recordemos que es en el presente donde necesita apoyarse nuestro futuro. Para este presente, nada importan las hazañas de antepasados remotos. En la lucha internacional no vale nada el abolengo. Archivemos las glorias pasadas. Ni Colón ni los Pinzones tenían abolengo. El abolengo lo tenían los reyes

Aprovechar, explotar y engrandecer cada rincón de nuestro suelo, el rincón que, a cada uno ha tocado en suerte, ese es el mejor patriotismo étnico; todo, es claro, conforme a una orientación cultural común; pero primero es despojarnos de nuestras taras, de nuestros vicios, de nuestra verbosidad, de nuestra incapacidad para la acción inmediata.

Comentando estos juicios míos, dijeron en Huelva que yo era demasiado pesimista. Es decir, me aplicaron un mote, inventaron una palabra, aumentaron nuestro caudal de verbosidad; (ellos, en cambio, se declararon optimistas): otra palabra y todos quedamos contentos, con puras palabras; pero el río y la playa seguirán desiertos y las corridas serán llenos triunfales. Todo mientras los jóvenes no se decidan como también se lo dije aquella vez, a renegar de todos nosotros y de todos los abolengos, para comenzar la regeneración, organizando sociedades de bañistas. Primero el deporte, después la democracia. Donde hay toros, hay tiranía.

J. VASCONCELOS



De Barcelona.

Sobre los estudiantes universitarios.

SE ha dado en decir que la Universidad barcelonesa es separatista y ésto no es verdad en absoluto, ni en absoluto existe el problema del separatismo.

En ésta Universidad hay estudiantes de muchas regiones, aún de las más apartadas de España, y el referido problema no tiene base fundamental. Pero lo que no se puede negar es que si bien es verdad que no hay separatismo, lo que sí existe es un grupo numeroso de separatistas. Son éstos, los jóvenes de una generación pasada que se crió en un falso ambiente de emancipación y a ellos se unen los de ésta juventud que se sienten oprimidos, estrujados y humillados hasta en sus más íntimos sentimientos y sienten el deseo de sacudir el yugo que les oprime sea como sea y sea con quien sea.

Entre los primeros hay muchos que ostentan el calificativo de separatistas por conveniencia y buena prueba de ello es que al propio tiempo que alardean de radicalismos, se agrupan alrededor del A. M. D. G. Son los que constituían la llamada «Asociación de Estudiantes Católicos» manejada bajo cuerda por los jesuitas. Claro es que estos fariseos no eran temibles bajo el punto de vista desmembrante, toda vez que su única ideología es el aprovechamiento máximo de la situación, siguiendo con ello las huellas de los prohombres de su partido. Y como poco temibles no hemos de ocuparnos de ellos, ya que ni como amigos los podemos desear, ni como enemigos les debemos temer.

Y pasemos al otro grupo que es verdaderamente digno de atención, pués, bien encauzado, sin abandonar su ideología desde luego, es el que puede contribuir a la creación de la Universidad nueva.

El movimiento rebelde actual de esta Universidad tuvo su gestación en la Facultad de Medicina, tomando como motivo los singulares nombramientos de Decanos de dicha facultad y por último el de Rector.

Los estudiantes se alborotaron en defensa de sus fueros y como el medio más cómodo de combatirlos, en esta región, era hacerlo, considerándoles como separatistas, se les bautizó así.

Y esos estudiantes aceptaron el calificativo, pués si separatismo es el ser rebelde y viril, bien cuadra el nombre a toda juventud que se estime, a toda juventud que se quiera abrir paso con los puños y no a lamentones, como lo hace esa trahilla de degenerados jóvenes-decrépitos, que viven—si eso es vivir—mendigando hasta el aire que respiran. Y así quedaron calificados, injustamente, todos los que quisieron levantar su voz por y para la Universidad y así ha nacido por obra y gracia de los que les combaten éste nuevo grupo universitario. En él hay estudiantes de todas clases, en ellos hay un espíritu juvenil, que como tal es rebelde y avanzado. Y si tienen tendencias que van más allá del equilibrio hispano, no es por culpa de ellos, es debido al ahorroamiento que les priva de una válvula expansional. Es su deseo, el de crear una Patria grande o pequeña, pero libre y amplia, en donde la Universidad no sea tan pequeña como ahora de cuerpo y de espíritu, y en la cual obreros y estudiantes sin apelativos, de otro género, laboren en completo acuerdo por la comunidad universal, única comunidad nacional que lógicamente debe caber en los cerebros idealistas.

E. CH.



Evocación de un estudiante de Salamanca.

TENGO en mucho el haber sido estudiante en Salamanca y el haberlo sido duradera e intensamente. Primero, durante la mayor parte de mi carrera; después, en ese noviazgo del profesorado, lleno de ingenuidad y de encantos por lo mismo.

Así que todos comprenderán que al unir ambos períodos de mi vida en estas evocaciones de estudiante, no es la idea que los queridos amigos que ahora me piden estas líneas llaman *romántica*, del estudiante, la que me atrae. Llamo estudiante tanto al alumno como al profesor que estudian, teniendo también en cuenta que no sólo se estudia en los libros, sino en la vida. Pero el estudiar, tanto en una como en otros, no debe ser pasar por las cosas que sabemos hemos de dejar luego, sino saber adherir de ellas lo que queremos conservar siempre. Esto es, aunque al sentir vulgar parezca lo contrario, lo más alegre; lo que evita toda forzada despedida de las alegrías, ya que permite guardarlas durante la vida entera.

¡Y qué gran maestra es y aún puede serlo más, en este sentido, Salamanca! Su recogimiento, su misma hosquedad en ciertos aspectos, contrarios a los de la vida fácil y superficial de otros lugares, templan ahí el espíritu para las luchas del porvenir. La frecuencia del trato entre cuantos estudian (maestros o discípulos, todos alternamos en ser lo uno o lo otro a cada instante), establece en esos medios reducidos una comunidad, que no he tenido ocasión de mantener en el mismo grado con mis alumnos desde que salí de Salamanca; como también ahí la disfruté con algún maestro que ahora no está en Salamanca y a quien—discútasele lo que se quiera y él será el primero en quererlo—, debemos no sólo luminosas orientaciones en el pensamiento, sino los más radicales ejemplos de seriedad para la vida. Esta misma lección de ejemplar severidad, es la que ahí nos ofrecen las piedras mostrándonosnos eternas. Y su vejez no impide, antes favorece, el que se nos presenten adornadas, y gloriosas con su pátina de oro. Por lo que de mis recuerdos de Salamanca, el que siempre acaricio en la imaginación, es el patio de su Universidad en una tarde soleada, bajo la mole de su Catedral, viendo subir, entre el adorno plateresco y

barroco, el cedro siempre verde hacia un cielo azul, en el que giran chillando los vencejos.

Acaso esto parezca a mis queridos amigos de Salamanca excesivamente lírico, sin que por ello sea muy original. Pero es que ya, tan sólo una posición lírica tengo derecho a adoptar respecto a Salamanca. Salí de ahí para tratar de realizar en mi País Vasco una obra de alta cultura, que va haciéndose, aunque incompletamente porque el Estado nos niega la organización universitaria adecuada. Y he tenido que ir a otras Universidades, en las que también me encuentro a gusto, dada la imposición del destierro, como me he encontrado bien siempre en cualquier ambiente universitario, cultivando la planta que en cada uno pudiera florecer. Y esa planta, lírica y estética, de mi predilección y cuyos primeros frutos cogí en Salamanca, quizá sea una de las que mejor debieran aclimatarse ahí.

Ya he dicho en conferencias y hasta en páginas publicadas, que Salamanca debiera ser algo como el Oxford o el Heidelberg español. Claro que no hay que perder de vista la diferencia de situación actual entre el mundo español y los mundos de que son exponentes esos otros nombres gloriosos.

Pero la tradición siempre renovada, lo que quiere decir que una Universidad no debe ser nunca una mascarada arqueológica; la adecuación al ambiente, que tantas ventajas, a cambio de otros inconvenientes, ofrece en los pueblos pequeños para un régimen de intimidad en el estudio, en los deportes, en las residencias; y sobre todo una idealidad que llene esas otras cosas y que es, indudablemente, la mayor falta que en tal mundo echamos de ver; son las condiciones que pudieran hacerlo revivir y que todos se inclinaran ante él, como ante una flor de humanidad.

ANGEL DE APRAIZ

**Los pagos, por Giro Postal,
al Administrador, Veracruz
1.^a, 26, izqda.~Salamanca.**

TIRANO—BANDERAS
EL-JUEGUITO-DE
LA-RANA
NOVELA-INEDITA
POP
DON-PAMON-DEL-VALLE
INCLAN



L Tirano formuló lacónico:

—Denúncielo en forma, y se hará justicia.

Doña Lupita jugó el rebocillo como una dama de teatro:

—¡Mi jefecito, el memorialista no moja la pluma sin tocar por delante su estipendio!

Marcó un temblor la barbilla del Tirano:

—Tampoco es razón. A mi sala de audiencias, puede llegar el último cholo de la República. Licenciado Sostenes Carrillo, queda a su cargo instruir el proceso en averiguación del supuesto fregado...

Corretona y haldeando, fué a sacar los cocos puestos bajo una cobertera de palmitos en la tierra regada. El Tirano, sentado en el poyo miradero de los frailes, esparcía el ánimo cargado de cuidados. Sobre el bastón con borlas doctorales y puño de oro, cruzaba la cera de las manos: En la barbilla, un temblor, en la boca verdosa, un gesto ambiguo de risa mofa y vinagre.

—Tiene mucha letra la guaina. Señor Licenciado.

—Patroncito, ha visto la chuela.

—Muy ocurrente en las leperadas. ¡Putra madre! Yo la conozco de cuando fui abanderado en el Séptimo Ligero. Era allí rabona.

Doña Lupita amusgaba la oreja, haldeando por el jaca-lito. El Licenciado recayó con apremio chuflero:

—¡No se suma, mi vieja!

—En boca cerrada no entran moscas, valedorcito.

—No hay seño para una vuelta de mancuerna.

—¡Santísimo Juez!

—¿Qué valedor le arrugó el tenderete, mi vieja? No se atore y suelte el gallo.

—¡No me apriete, niño, que me expone a una venganza!

El señor Licenciado era feliz, rejoneando a la vieja por divertir la hipocondría del Tirano. Doña Lupita, falsa y apenujada, trajo las palmas con el fruto enracimado, y un trinchete para rebanarlo.

El Mayor Abilio del Valle, que se preciaba de haber cortado muchas cabezas, pidió la gracia de meter el facón a los coquitos de agua. Lo hizo con destreza mambís. Bélico y triunfador, ofrendó como el cráneo de un cacique enemigo, el primer coquito al Tirano. La momia amarilla desplegó las manos y tomó una mitad pulcramente:

—Mayorcito, el concho que resta esa vieja maullona que se lo beba. Si hay ponzoña que los dos reventemos.

Doña Lupita, avizorada, tomó el concho saludando y bebiendo.

—Mi generalito, no hay más que un firme acatamiento en esta cuera vieja.

Tirano Banderas, taciturno, recogido en el poyo de los frailes, bajo la sombra de los ramajes, era un negro garabato de lechuzo. Raro prestigio cobró de pronto aquella sombra, y aquella voz de caña hueca raro imperio:

—Doña Lupita, si como dice me aprecia, declare el nombre del pendejo briago que en tan poco se tiene. Luego luego, vos veréis vieja, que también la aprecia Santos Banderas. Dame la mano, vieja...

—Taitita, dejá sos la bese.

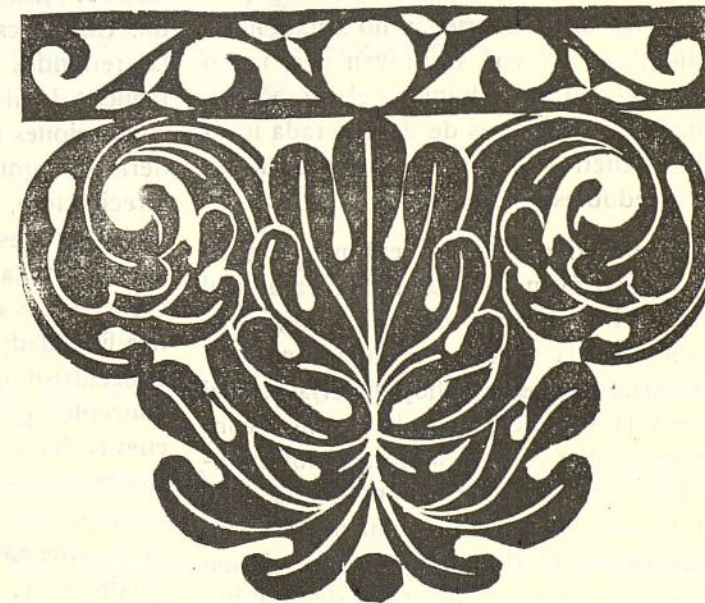
Tirano Banderas oyó sin moverse, el nombre que temblando le secreteó la vieja. Los compadritos en torno de la rana, callaban amusgados, y a hurto se hacían alguna seña. La momia indiana:

—¡Chac, chac!



TIRANO BANDERAS caminaba taciturno.—Los compadres, callados como en un entierro, formaban la escolta detrás—. Se detuvo en la sombra del convento bajo el alerta del guaita, que en el campanario sin campanas, clavaba la luna con la bayoneta. Tirano Banderas, estúvose mirando el cielo de estrellas. Amaba la noche y los astros: El arcano de bellos enigmas recogía el dolor de su alma tétrica. Sabía numerar el tiempo por las constelaciones: Con la matemática luminosa de las estrellas se maravillaba. La eternidad de las leyes siderales abría una coma religiosa en su estoica crueldad indiana. Atravesó la puerta del convento bajo el grito nocturno del guaita de la torre. El retén, abriendo filas, presentó armas. Tirano Banderas receloso, al pasar, escudriñaba el rostro oscuro de los soldados.

(Termina aquí el capítulo de «El jueguito de la rana»).



Para la España mejor.

NORMAS DE JUVENTUD

Si ha de surgir, después del desdichado eclipse actual esa «España mejor» por la que clamamos, más que trabajamos, los descontentos del ayer y no conformes con el hoy, será, indudablemente, por obra de la juventud. Será España, no lo que soñemos y prediquemos los maduros y los viejos, los del mediodía y los del ocaso, sino lo que hagan y sean los mañaneros, los que tienen por delante, a su albedrío, las horas frescas y jugosas de la esperanzada mocedad. Por ello importa mucho formar, y no deformar, a los jóvenes, porque en ellos es el futuro lo que se forma o se deforma. Si ahora hay en el mundo tanta acritud de enconos, tanta hiel de despechos, tanta mirada oblicua y venenosa, débese a que las promociones que dominan y rigen, las que dan el impulso y el tono, son aquéllas atormentadas promociones del catorce al diez y siete, a las que la crueldad de la trinchera heló el alma y endureció el corazón.

Europa convalece penosamente de la guerra maldita, nunca bastante execrada, y no sanará hasta que unos hombres nuevos sustituyan con ritmo más vivo, cordial, amplio y humano el ritmo seco, frío y despiadado—con fugas de desesperada indiferencia y de frenética locura—que marcaron los clarines y los redobles de combate.

Es en el pensamiento, en el sentimiento y en la voluntad de los jóvenes donde ha de trazarse el ritmo nuevo, del que habrá de extirparse, si se quiere que el mañana supere y aventaje en excelencias espirituales a este torpe hoy materialista del pragmatismo y la violencia, todo lo que hoy contribuye a poner odio y enemistad entre los hombres. Todavía, a pesar del tiempo transcurrido, y no obstante la injusta y excesiva reacción contra el individualismo sugeridor de las semblanzas, siguen teniendo realidad aquéllos dos tipos de hombre que hace treinta y seis años dibujara Bourget en el prólogo de *Le Disciple*: el *struggle-for-lifer* cínico y egoísta, que tiene por fin único «llegar» y el sofista desdeñoso y escéptico, adorador de sí mismo, ahito de todas las verdades, hambriento de sensaciones nuevas, creyente sólo en la nada como única verdad inalterable y sin vejez. Hoy, como en 1889—, en estos días de Farinacci, vitalismo, relatividad, Pirandello y Tutankamen como en aqué-

llos otros de Boulanger, positivismo, Edison y torre Eiffel—, siguen exhibiéndose en los escaparates como figurines de humanidad, el luchador sensual, impetuoso y sin escrúpulos que todo lo sacrifica a su éxito y todo lo atropella para imponer como única ley su capricho y hacer triunfar, si es inteligente, su ambición, y si no lo es, como no suele serlo, su fanfarrona vanidad; y el juglar de ideas, malabarista de la inteligencia, infatuado y pedante, que desde su torre de celuloide, que él pretende hacer pasar por marfil, arroja sobre lo pasado y lo presente el desdén de su omnisciente superioridad, cifrando su empeño en «no ser como nadie» y poniendo su conato en una originalidad incontaminada, que, cuando no es mosaico de rapsodias, se precipita en una lamentable extravagancia.

«Orgullo de la vida», «orgullo de la inteligencia». Como en los días del maestro Sixte y del discípulo Greslou son las dos pasiones dominantes, las sierpes sugeridoras de la tentación y del pecado. Con su camisa nueva de fascista o con sus gafas redondas montadas en concha y sus botines blancos de filósofo mundano que alterna en sns frecuentaciones los mirtos de *Academo* con las praderías del golf, esos dos tipos de arrivistas siguen ofreciéndose, perdurables, para engaño y perdición de juventudes. Hay entre ellos, no obstante ser externamente tan dispares, una recóndita semejanza esencial. Los dos han polarizado su vida hacia idéntica finalidad; impulsa a los dos un sólo desaforado egocentrismo; tienen ambos del mundo análogo concepto; guardan allá en la zona oscura, en las cuevas del alma, en lo infrasentimental y subconsciente, el mismo desprecio a todas esas abstractas concepciones—bien, libertad, justicia, amor al prójimo—que hasta ahora se estimaban como valores máximos, y, partiendo de temas muy diversos, desde las armonías pitagóricas uno, y el otro desde el botasillas y la fagina. vienen a coincidir, como en un calderón, en la hora frívola—y «jocunda»—del *jazz-band*.

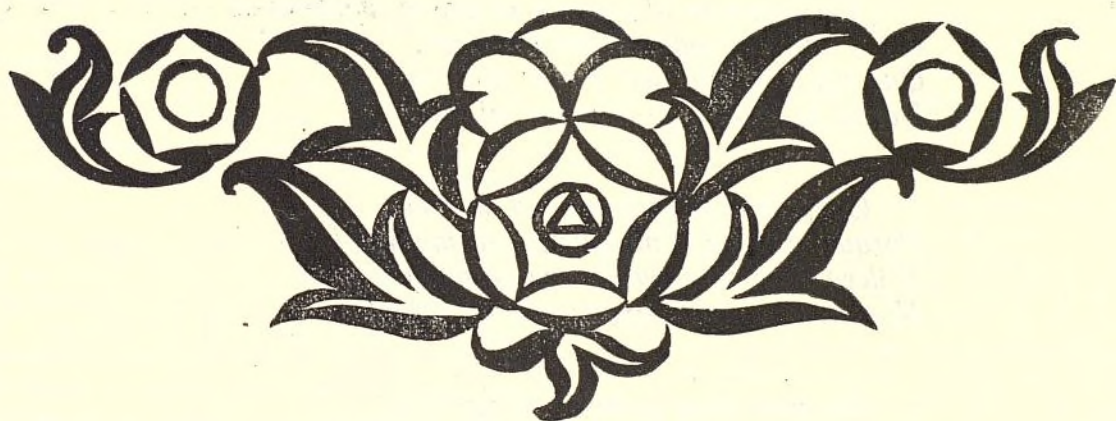
Ni a uno ni a otro han de parecerse los hombres de la España de después. Han de evitar, con la pedantería y el orgullo, la necedad de creerse los mejores. Aunque pongan toda su alma en *serlo*. Porque el ser mejor es selección, virtud depurado-

ra. Mas el creerlo —y el decirlo— es fariseismo. No se ofrezca a los jóvenes como único fin de la existencia el triunfar, el llegar. ¿Llegar? ¿Dónde y para qué?.. ¿Y qué hacer después de haber llegado? No se prepare el vivir como una lid, como una lucha. Lucha, si, es la vida; pero lucha intima que la propia alma de cada hombre tiene por palenque. En nosotros llevamos ¡inexorablemente, de la cuna al sepulcro! nuestro gran enemigo al que hay que combatir y que vencer.

Por dañino debe tenerse todo lo que contribuye a incrustar en los jóvenes ese concepto de la vida—lucha y del hombre—enemigo, funesto engendrador de todas las violencias. Unir, no separar. Acercarse con cerebro comprensivo, ánimo benévolo, y bien dispuesto corazón; no separarse agresivos y encizañarse los unos contra los otros. Cordialidad y tolerancia son las dos virtudes que más hay que difundir entre los jóvenes por lo mis-

mo que son las más opuestas al apasionado ímpetu juvenil. Cuanto tienda a crear y fomentar entre los jóvenes disparidades, a mantener la rivalidad, el «unismo» y el «otrismo», la división en campos irreconciliables ¡tradicional pecado en esta tierra de los bandos! será laborar contra la España de después. Porque esta España no ha de formarse por el odio, sino por el amor. No será de la discordia, sino de la paz, de donde venga la salvación. La verdadera salvación; que no llegará hasta el día en que, calmados nuestros rencores, estranguladas nuestras envidias y sosegados nuestros orgullos digamos: ¡Basta ya de pelearnos, y a trabajar unidos!.... Pues el discernir aquéllo en que disintimos, será, sin duda, muy interesante... ¡Pero la eficacia está en el coincidir!

FEDERICO SANTANDER



Ciertas dificultades de imprenta, que no podemos salvar de momento, nos obligan a suspender la publicación de EL ESTUDIANTE durante el mes de Agosto. EL ESTUDIANTE reaparecerá en la primera semana de Septiembre, con notables mejoras tipográficas.

Nuestros suscriptores y lectores perdonarán esta pequeña interrupción, que no es achacable a culpa nuestra.

LOS POETAS

JUSTICIA

—
*Ya sé to que me ofreces porque calle:
Una villa curul, una provincia!
Ser cuestor del Sagrado Consistorio
O Prefecto en las Galias o la Iliria!...*

—
*¡Yo desprecio al poder y al que lo encarna...!
Dices que eres magnánimo conmigo,
Que soy esclavo tuyo y que podrias
Darme la muerte o decretar mi exilio...*

—
*Que soy esclavo tuyo! No lo creo,
Porque, aunque tú no quieras, te maldigo!
Y llevo algo aqui dentro que no mata
Ni el veneno de Cólquide, ni el Circo!*

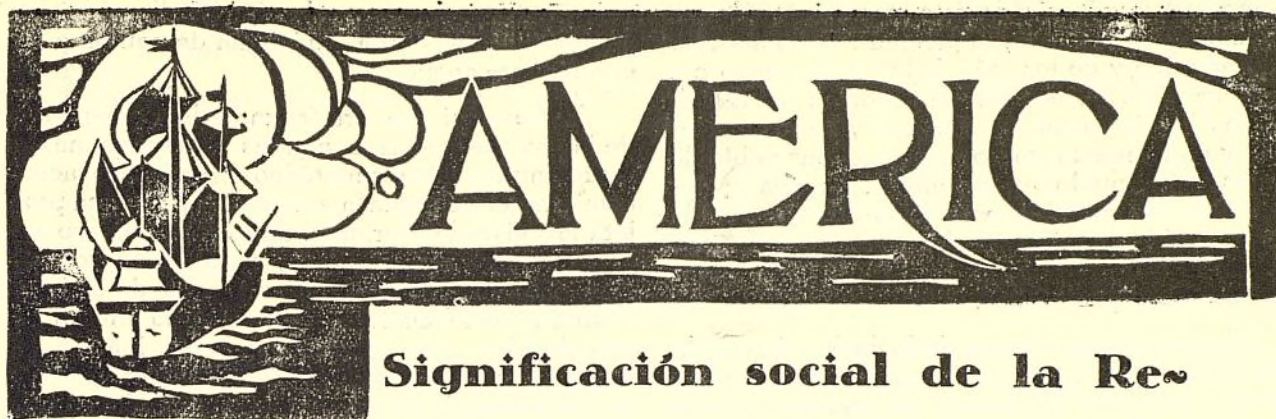
—
*No creo en tu justicia! Sé que vivo
Porque están, tras mi muerte, mis palabras;
Si no tuya es la Sombra y el misterio,
El circo y las panteras de la Hircania!*

—
*No creo en tu justicia! Tú eres todo,
Y ella, en tu mano, es ignominia o gracia!
La justicia no baja de las cumbres,
Sube siempre del valle a la montaña!*

—
*Lastimado y soberbio, sobre el pueblo
Tremola sus girones mi oriflama,
Y hay ansias y furores que estremecen
En su raíz de piedra, la montaña!*

—
*Vamos hacia la cumbre! y mientras cuaja,
En el Oriente torvo, nuestra aurora,
De pié, junto a la fragua de mis rimas,
Arrojo hacia la cumbre mis estrofas!*

MARIO SAENZ



Significación social de la Reforma universitaria argentina.

NO quiere este núcleo de estudiantes españoles que se pone en marcha que su movimiento de renovación se circunscriba al área profesional de las aulas: aspiran a provocar, a través de la Universidad y desde ella, una honda remoción social que cambie totalmente la faz de nuestro pueblo. Persiguen una total trasmutación de valores ideales y sociales. O más bien que una trasmutación: la suplantación de estos valores negativos, fingidos, muertos, que hoy dominan agazapados en la inercia, por otros vivos y vitales, removedores de juventud.

En esta fecundidad social de un movimiento estudiantil, tienen nuestras aspiraciones precedentes preclaros, y entre ellos destaca como el más brillante—por eso lo invocábamos aquí con entusiasmo desde el primer día—la campaña de redención universitaria de las juventudes argentinas.

El alto maestro Julio V. González nos explica en un noble opúsculo henchido de enseñanzas, la faz social de este movimiento universitario. Y hoy que EL ESTUDIANTE se preocupa primordialmente de buscar el enlace de nuestras aspiraciones y los intereses del otro gran sector de la vida de un pueblo: las fuerzas obreras, no será inoportuno analizar aquí, a través de las páginas de Julio González, la genealogía de aquel movimiento ya proverbial en sus raíces y en sus frutos sociales.

La Reforma Universitaria es, como empieza afirmando certeramente el profesor argentino, «parte de una cuestión social, que el desarrollo material y moral de nuestra sociedad ha impuesto a raíz de la crisis producida por la guerra». Fueron los anhelos espirituales, sociales, políticos, de una nueva generación los que se plasmaron y cristalizaron en el movimiento estudiantil, como movimiento de vanguardia de una sociedad nueva.

La guerra, la revolución rusa y el advenimiento del radicalismo argentino al Poder son, dice este maestro, las claves que explican la campaña de agitación estudiantil. Adoctrinada por aquella lección histórica de rebeldía y de bancarrota y por la inmensa llamarada rusa que iluminó y sacudió al espíritu joven de toda la América, la nueva generación americana, «iconoclasta e irreverente como ninguna otra, negó a sus maestros, y haciendo del dolor de su orfandad la fuente de su energía, se lanzó sola a conquistar su propio destino».

Fué, pues, la presión arrolladora de los hechos, el hálito de la vida social de fuera lo que lanzó a la juventud contra los baluartes de cultura mentida que eran las Universidades, centros de privilegio y monopolio, «quistes exóticos—como decía Iribarne—dentro del pueblo que trabaja y se agita» Y ese influjo del ritmo social acelerado en los pulsos juveniles es, a la vez, lo que explica el que la nueva generación, que recibía la cultura y la ideología forjadas por la precedente y plasmada en los métodos de las viejas Universidades, surgiese con una sensibilidad nueva, con una ideología propia y repudiase la que se le pretendía inculcar». Bien puede, pues, decirse que la Reforma Universitaria argentina fué «hija legítima de la realidad social» y que este fué el sello que ostentó desde el primer instante.

En Córdoba, la vieja Universidad colonial, reliquia de la Edad Media, donde se inició pujante el movimiento, la estudiantina salió a la calle para volver desde ella con el calor del pueblo contra la Universidad. «La Reforma Universitaria no fué el fruto de una concepción abstracta, ni el triunfo de una escuela filosófica, ni la imposición de un grupo de mentalidades privilegiadas; fué la explosión de un estado de conciencia social que se había formado alrededor de los cristalizados centros de cultura».

Eran cuestiones puramente universitarias las que se debatían; cuestiones de organización universitaria, de vida interna de las Universidades; transformación de los consejos directivos, profesorado, métodos de enseñanza, estatutos, intervención activa de los estudiantes en la vida académica, en las juntas, en los claustros y no obstante, la juventud sintió desde el primer momento la necesidad de lanzarse a la calle, a buscar la masa social y sus palpitaciones, a confundirse con ella, a conquistar la conciencia nacional del pueblo, antes de apoderarse de la Universidad para imponer la Reforma. Por eso los estudiantes, que regresaban a las aulas, «impregnados de la sensibilidad popular», con una visión directa de la realidad de su pueblo, con una conciencia viva de sus necesidades y de sus males, comprendieron certeramente que era la Universidad la que había servido hasta allí de fortaleza de todo lo viejo y ruinoso, de todos los privilegios, dogmas y oligarquías y lucharon por hacer de ella lo que debía ser, lo contrario de lo que había sido: el fermento y la garantía de los bienes sociales más elevados, intangibles, de una nación. Y he aquí

cómo, por la génesis de este movimiento de renovación universitaria, la juventud estudiantil de la Argentina y de los más de los países americanos, se erigió en vanguardia ardorosa del espíritu de Justicia social, de Libertad y de Democracia, y en la fuerza combativa, irreconciliable de todos los tiranuelos y despotillas. En una juventud bien distante de esta falsa «juventud» de nuestras falsas Universidades: páramo de señorismo, de haraganería, de hastío mortal, pasto de jesuitas y prostíbulos.

En una primera etapa de la lucha victoriosa, los estudiantes argentinos impusieron la reforma de los estatutos, al cambio de régimen interno apetecido. Y no obstante, los males continuaron y la Universidad siguió siendo privilegio y oligarquía. Es que el daño, la raíz del daño, «no estaba en los malos estatutos, sino en la tendencia, en el régimen, en los hombres que dominaban en la Universidad y fuera de ella». Los estudiantes supieron ver esto y supieron sacar las consecuencias de su visión para una acción inmediata.

Su proceder es ejemplar. Comprendieron que las fuerzas puestas en acción eran insuficientes. Que la profundidad de aquéllos males requerían la intervención de otros elementos, de otras fuerzas. Comprendieron, en una palabra, que el problema de la trasmutación de los valores universitarios, no era una cuestión interna, sino una cuestión social de honda trascendencia. Un problema que afectaba al pueblo todo y que llegaba hasta lo más profundo de sus raíces. Era, como dice muy bien Julio González, la propia sociedad la que daba la batalla, a través de ellos, contra un régimen caduco y a su seno habían de acudir, para que el triunfo fuese completo. E impulsados por el destino histórico, abrieron sus horizontes ideales, hasta abarcar los de los pueblos todos de América. Su manifiesto de 15 de junio del 18 «a los hombres libres de Sud-América» a la proclamación de una Revolución espiritual y la bandera de un nuevo régimen social. Y esta bandera, levantada entonces por los estudiantes, sigue hoy enhiesta, marcando los derroteros de la América Latina del porvenir, que el Congreso de Intelectuales y Estudiantes del 26 en Montevideo iluminara espléndidamente.

En los linderos de las aulas, los ideales interiormente universitarios cedieron, pues, ante los ideales generales del pueblo, encendidos en la conciencia colectiva; y la repudiación revolucionaria de los dogmas de orden y de autoridad, proclamada dentro de la Academia, trasciende ahora a postulado del pueblo todo y a grito de combate contra oligarquías y despotismos. La condenación de los dogmas y del oscurantismo religioso, descendió de las cátedras al seno de la sociedad en campaña contra todos los sistemas de censura gubernamental, de tutela y sojuzgamiento del espíritu contra un régimen endémico de narcóticos y estupefacientes morales para el espíritu del pueblo. «El desprecio hacia los maestros del aula, se trocó, en el escenario nacional, en un hondo e irreconciliable divorcio entre la nueva y la vieja generación; el nuevo sentido de la democracia, creado sobre nuevos conceptos de la disciplina, jerarquía y voluntad po-

pular, enunciados como base de la llamada democracia universitaria, fué lema de combate en el ambiente social...»

Se abre así una era fecunda de cooperación de las fuerzas obreras con las estrechas masas estudiantiles, de «espontáneo y recíproco acercamiento entre la masa estudiantil y la masa proletaria». «Desde el primer momento, el obrero estuvo al lado del estudiante, alentándolo con su presencia, apoyándolo con sus armas de lucha». Y «pronto este acercamiento se trocó en íntima vinculación». Los gremios obreros iban a la huelga por las luchas de los estudiantes, y estos se solidarizaban de modo idéntico con los trabajadores, haciendo de los locales obreros su propio hogar, fundiendo con aquéllos, en fusión de hermandad, sus afanes y sus anhelos. La lucha enardecida por una sociedad mejor y más justa era el lazo fraternal que ligaba en unidad de movimiento a las dos masas, en apariencia heterogéneas. Na podrá separarse—dice el maestro cuyas páginas seguimos—la Reforma Universitaria de la Reforma Social, porque ambas nacieron simultáneamente y unidas.

Esta identificación de ideales entre el estudiante y el obrero, acicate de una lucha común, sellada por cinco años de persecuciones y de luchas comunes, es una de las enseñanzas más luminosas del movimiento estudiantil argentino.

Y no puede ser otro el camino de una generación universitaria, dispuesta a implantar la Reforma que haga de las Universidades, centros de muerte y de mentira, los lares de la Libertad y de la Justicia y los vigías y guardianes de un pueblo digno.



Imp. de Francisco González.-Prior, 16. Salamanca

Guía profesional

MEDICOS

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 25.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas, 7.

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad. consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. PÉREZ-LUCAS.—OCULISTA. Consulta de diez a una. Doctor Riesco, num. 80, principal.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 12.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Sánchez Barbero, 19.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal, número, 27.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.



